

VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

Los hijos¹

Autor: Andrés Felipe López Echeverri

Galardón: Ganador en la Categoría Juvenil

Los sábados venimos a esperarla. Desde el viernes ya estamos alistando los harapos negros: les quitamos la arena con que quedan por encima, pero les dejamos el polvillo de carbón, porque es difícil de sacar y de todos modos combina con la ropa. Los viernes ya no vamos al arroyo: ya no hay, entonces nos ponemos a alistar la ropa para el día siguiente, lo más lento que podemos, como si fuera una ceremonia religiosa, a falta de otras cosas para hacer, aparte de comer y de rezar, más lo uno que lo otro.

La idea de venir con ropa negra no la tuvo nadie, eso se nos vino de manera natural desde que se fue, o se la llevaron ellos, más bien dicho. Desde eso siempre hemos presentido que la van a devolver en un cajón. Al principio yo creí que la iba a cargar solo, pero imagínese que han pasado tantos años que hasta Carlitos creció para ayudarme.

No vaya a creer que estamos locos o que somos caídos del zarzo; para usted, que viene de tan lejos, puede parecer muy raro,

¹ Al texto únicamente se le modificó el formato y algunos errores de digitación. Lo demás permanece igual a como fue enviado por el autor para participar en el concurso.



VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

pero no para esta gente. Hasta hay veces que nos hacen compañía los Perea o don Cirilo el de la tienda. Y es verdad, puede que ellos no tengan las razones: a nadie le gusta ver pasar un tren sin pasajeros, pero lo hacen, por lo menos para darnos ese pésame que a veces hace falta, porque esto: es como un velorio que no acaba.

A veces no sabemos si estamos esperando a mi mamá o a los que se la llevaron ese día, cuando por fin les vi la cara. Es que hacía mucho tiempo que no los veíamos; tal vez tanto, pero tanto, que hasta nos parecían extranjeros, a pesar de que éramos parientes. Quién sabe; yo siempre he tendido a pensar que los vi en algún diciembre, o en alguna de esas salidas al arroyo donde terminaba tanta gente reunida, mire: por allí pa' abajo. En ese entonces tirarse en ese riacho, que ya no se ve, era como nadar por el cielo de la noche, porque la corriente siempre reflejaba las estrellas y hasta las llamas de las velas, esas que usábamos para devolvernos pa' la casa si es que la luna andaba triste o tímida o quien sabe: sin ganas, simplemente, de salir a caminar.

Carlitos dice que sí, que ellos antes habían estado por aquí, pero que venían así como de pasada y no se quedaban más de un día. Cuenta dizque arrimaban a la casa, descargaban un maletín de cuero muy elegante sobre la mesa y hacían sentar a mi mamá en el sillón de mimbre, entonces ahí comenzaban a sacar una especie de aparatos muy vistosos para medirle cada parte del cuerpo y hasta calcularle la temperatura. Después, se desvanecían.

Fundación **epm**[®]



VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

Se sabe que cuando mi mamá se pone triste siempre llueve. Así fue que empecé a darme cuenta de los días que venían ellos, sin que nadie me contara. Yo todavía hago memoria: cuando supuestamente todos nos habíamos dormido, lloviznaba, despacito, y muy pocas gotas se escuchaban percutiendo contra la paja de los techos, como si mi mamá hiciera fuerza para no llorar, pero llorara, pero lloviera de todos modos.

Al final, el tiempo tuvo que pasar como los *pájaros*: pues volando, cómo más. Y las visitas que yo no alcanzaba a ver y las lágrimas hasta la madrugada se siguieron alternando, aunque después todo paró, hasta convencerme de que ya no iban a volver; pero estaba equivocado: después llegaron, envueltos en chaquetas color de *gallinazo*.

Ese día la luna como que no salió por un mal presentimiento y la noche me cogió bastante, por culpa de un lapo de agua casi interminable. Cuando escampó, arranqué a caminar alumbrándome el camino con un cirio muy gastado; aparte la tempestad todavía no amainaba y la brisa bregaba con dejarme a oscuras. Yo la verdad es que esperaba pasarme por las calles en silencio mientras la gente del poblado descansaba, pero me encontré con un montón de ojos conocidos, saliendo así como las flores, entre las ventanas y las puertas; cada uno reflejaba la llama del velón. Estaban extrañados y medio llorosos, porque se iban a llevar a mi mamá, según iban diciendo.

Ahí fue cuando los vi, a los *gallinazos*, con un montón de guardias traídos de Hatonuevo y Albania, vigilando la casa de



VI Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM

“Tierra: historias que siembran”

bareque. No dejaban pasar a Carlitos ni a Marcela mi mujer, ni a ningún otro pariente; entonces nos tuvimos que dormir en la tiendita de Cirilo, con sangre entre los dientes después del montón de culatazos que nos dieron.

Y después amaneció, y el suelo estaba muy empantanado cuando media vereda, asombrada, inquieta, se enteró de que ya no había guardias, ni casa, ni mamá y ni siquiera gotas; solamente dos vigas de ferrocarril sobre el cardón, la guadua y lo que quedaba de los cachivaches de la casa, como si siempre hubieran estado ahí y nosotros fuéramos intrusos.

Desde aquello nos nació esa costumbre de esperar a que volviera un día; entonces aguantamos esas nubes de arena que va levantando el tren y nos manchamos con el polvillo de carbón, hasta parecernos a unos verdaderos *gallinazos*.

Ahora solo queda esperar que la devuelvan.

Fundación **epm**[®]

